

THOMAS KEATING

**SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS
SU TRANSFORMACIÓN EN CRISTO**

INDICE

Prólogo: La vida de Santa Teresita del Niño Jesús	3
Introducción	4
1. El Publicano y el Fariseo	4
2. La Parábola de la Semilla de Mostaza	6
3. La Parábola de la Levadura	8
4. La Parábola de la Higuera Estéril	13
5. La Parábola del Buen Samaritano	15
6. La Parábola del Hijo Pródigo	17

PRÓLOGO

La Vida de Santa Teresita del Niño Jesús

Teresita Martin nació en Alencón, Francia, el jueves, 2 de enero de 1873. Pertenecía a una familia de nueve niños, de los cuales solamente sobrevivieron cinco hijas. Su padre, Luis, era relojero y orfebre, y su madre, Zélie, tejedora de encajes. Antes de casarse, los dos habían planeado ingresar a la vida religiosa.

Teresita perdió a su amada madre en 1877, víctima de cáncer de seno y, según ella misma relata, creció llegando a ser una niña de una voluntad fuerte y un tanto mimada. Cuando tenía nueve años, en 1882, su “segunda mamá”, su hermana mayor Paulina, entró al Carmelo de Lisieux, dejando a Teresita desolada de nuevo. Teresita, siempre enfermiza y frágil, fue sanada de una amenazante enfermedad cuando tenía diez años mediante una visión de la sonrisa de la Santísima Virgen María. En 1886, María, la hermana de Teresita se unió también al Carmelo de Lisieux (su hermana Leona, entraría al convento de las Clarisas). Teresita empezó a sentir ella misma el llamado y al año siguiente recibió el permiso de su padre para entrar al Carmelo.

Sin embargo, antes de poder entrar al Carmelo, tenía que superar aún más obstáculos. La superiora del convento Carmelita se negó a aceptar a Teresita en la orden por ser tan joven. Teresita llevó el asunto al obispo local, quien igualmente rechazó el permiso. Finalmente, Teresita, su hermana Celina y su padre, emprendieron una peregrinación a Roma, donde Teresita pudo obtener una audiencia con el Papa León XIII y le rogó que le permitiera ingresar a las carmelitas. El Papa se impresionó con su valentía y espíritu, pero no quiso intervenir, refiriendo a Teresita a la superiora del convento de Lisieux. Teresita ingresó al Carmelo de Lisieux el 9 de abril de 1888 de quince años.

Unos años después de su ingreso, el padre de Teresita sufrió una serie de embolias que destruyeron su salud mental y física y en 1891, Luis Martín regresó de Caen, inválido, y al cuidado de la familia de su difunta esposa. (Moriría en julio de 1894)

Teresita hizo la profesión de sus votos perpetuos en septiembre de 1890. En 1893, se le permitió permanecer en el noviciado, donde escribió su primera obra (sobre Juana de Arco) en enero de 1894. En septiembre, su hermana Celina entró al Carmelo de Lisieux y un año más tarde le siguió su prima María Guérin. Durante este período, Teresita comenzó a escribir su autobiografía que tituló **Historia de un Alma**.

En abril de 1896, escupió sangre por primera vez y cayó seriamente enferma en la misma época un año más tarde. La transfirieron a la enfermería del monasterio el 8 de julio de 1897. Murió el jueves, 30 de septiembre y fue sepultada en el cementerio de Lisieux.

Un año después de su muerte, se imprimieron dos mil copias de la **Historia de un Alma** y el libro cobró popularidad inmediatamente. Teresita fue beatificada por Pío XI en 1923 y canonizada dos años después. En 1980, Juan Pablo II hizo un peregrinaje a Lisieux y más adelante la declaró doctora de la Iglesia.

INTRODUCCIÓN

Este diminuto libro permite apenas paladear la sabiduría espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús y ver la forma en que resuena con las parábolas de Jesús y su relación con la travesía espiritual. Fue escrito en honor al nombramiento de Teresita como la tercera mujer Doctora de la Iglesia y como señal de mi inmensa gratitud por inspirarme a iniciarme y sostenerme en la senda de la contemplación cristiana. Me he apoyado considerablemente en el conocimiento de Bernard Brandon Scout y su libro, “**Here then the parable**” (“He aquí entonces la parábola”), en el cual he fundamentado estas reflexiones.

Desde mi punto de vista, Santa Teresita es la figura clave en la recuperación de la dimensión contemplativa del Evangelio en nuestros tiempos, un proceso que se necesita desesperadamente en la comunidad cristiana y que solamente está recién empezando a echar raíces. Teresita manifiesta una penetración extraordinaria en el corazón de las enseñanzas de Jesús sobre el Reino de Dios, así como un programa preciso para extenderlo a la vida cotidiana. Ella comprendió y participó profundamente en la experiencia de Jesús de la Realidad Suprema como **Abba**, una palabra tierna y amorosa para dirigirse al Padre.

CAPITULO UNO

El Publicano y el Fariseo

Primero entremos al misterioso y maravilloso mundo de Jesús y sus parábolas y luego veamos la visión extraordinaria de Teresita sobre esas historias enigmáticas. Utilizando las enseñanzas de Teresita como guía, mi primera reflexión se destila de la parábola del publicano y del fariseo. Comúnmente interpretada como un ejemplo de orgullo y humildad, esta parábola adquiere un significado completamente diferente tan pronto asimilamos el contexto en el que los oyentes estaban escuchando la historia.

Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: “¡O Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana. Doy el diezmo de todas mis ganancias”. En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni alzar lo ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “¡O Dios! ¡Ten compasión de mi, que soy pecador!”. Os digo que éste hombre volvió a su casa justificado y aquél no (Lucas: 18, 10-14)

En esta parábola el fariseo está de pie en el templo enumerando en su oración sus buenas acciones. El referirse a sus buenas acciones no se consideraba una expresión de orgullo sino la forma normal de orar de los fariseos. Era una manifestación de su condición social como hombres santos rezando

en un lugar santo. En la mente popular la santidad estaba asociada con lugares sagrados y momentos sagrados. En esta parábola el fariseo representa a alguien que estaba bien adentro de la estructura social de la cultura. A la gente de esa época le preocupaba mucho demarcar quién estaba dentro de la estructura social y era aceptable y quien estaba afuera y no era aceptable. En nuestro tiempo esta demarcación se expresa en los prejuicios raciales y étnicos que se han manifestado de manera monumental en los horrores que hemos presenciado en Ruanda y en lo que era Yugoslavia.

En la parábola el recaudador de impuestos pertenece al mundo secular. Se queda en la parte exterior de los recintos sagrados del templo y ora con sencillez: “Señor ten compasión de mí pues soy un pobre pecador”. El recaudador de impuestos estaba haciendo lo que se suponía debía hacer según esa cultura religiosa, que era permanecer fuera del lugar sagrado. Se hace por tanto una delineada entre aquellos que pertenecían a la elite sagrada y aquellos que eran de vida ordinaria.

La conclusión de la parábola probablemente les pareció increíble a los que la oyeron por primera vez. Jesús dice que el recaudador de impuestos volvió a su casa justificado, lo que quiere decir que todos sus pecados fueron perdonados, pero no así el fariseo. Esto significa que los lugares sagrados no son esenciales para que alguien pueda entrar al Reino de Dios. En las enseñanzas de Jesús, el lugar sagrado es donde estás. Está en la vida diaria ordinaria.

<< >>

La idea de que el lugar sagrado está justamente donde te encuentras es una revolución en el concepto popular de lo sagrado. Hay lugares tales como iglesias y santuarios, donde nos renovamos espiritualmente, donde escuchamos la voz de Dios y donde podemos tener experiencias espirituales. Pero, de acuerdo con ésta parábola, esos no son los lugares usuales donde se lleva a cabo la transformación.

Nuestras reacciones en la vida diaria son la medida de la profundidad de nuestra oración y del poder que ella nos da. Una pregunta obvia que sigue a eso podría ser: ¿Por qué la gente entra a los monasterios o a la vida religiosa si el patio de la casa es tan sagrado como el claustro? La respuesta es que sólo es apropiado si uno siente una atracción genuina por la vida religiosa, indicando que Dios quiere que sea parte de nuestra vida diaria, en otras palabras, si el vivir en un monasterio es nuestra vocación particular.

Para la mayoría de la gente, la vida diaria del mundo seglar es el sitio donde tiene lugar la transformación en Cristo. Al igual que el fariseo, uno puede estar en la vida religiosa y no ser transformado. Entonces ¿qué es lo que diferencia la vida diaria transformada y la vida religiosa sin transformar? Es la acción oculta del reino de Dios que trabaja no sólo en circunstancias externas, sino a través de un cambio radical en nuestras actitudes. Esto es lo que es la transformación. No es ir a una peregrinación o entrar en un estado especial de vida. Es cómo vivimos donde estamos y lo que hacemos en esas circunstancias.

Las circunstancias ordinarias de la vida diaria vuelven a traer las mismas faltas, las mismas tentaciones, las mismas rutinas y a menudo, la sensación de que no se está yendo a ninguna parte. Pero esta “ninguna parte” es donde está más activo el Reino de Dios. La gracia y la vida diaria siempre están en diálogo y a veces en estado de guerra. Hay una lucha para discernir lo que Dios está diciendo en los eventos y circunstancias de la vida cotidiana y cómo la vida cotidiana se supone que nos transforme.

Lo que Teresita llamaba “el Caminito” es simplemente las circunstancias de la vida cotidiana y lo que hacemos con ellas. La función de la Oración Centrante o de cualquier otro método similar es la de conducirnos al contacto diario con Dios y especialmente a una disposición de atención a su palabra en la escritura y a su palabra silenciosa dentro de nosotros. El escuchar a Dios en silencio, en atención amorosa, nos permite dejar de lado nuestras ideas preconcebidas, nuestra identificación exagerada con los eventos de la vida diaria, que tienden a dominar nuestras reacciones emocionales en lugar de invitarnos a responder libremente.

Los eventos y las personas nos dominan cuando nuestras reacciones emocionales son el centro de nuestra atención y de nuestros pensamientos. “¿Cómo puede la gente hacerme esto a mí? ¿Perderé mi trabajo? ¿Por qué se están portando mal los niños? ¿Qué haré con mamá y papá ahora que están en el momento de ir a vivir a un hogar de ancianos?”.

Con tales reflexiones bullendo en nuestras cabezas, ¿cómo podemos escuchar lo que el Espíritu nos dice, y actuar con el amor divino? Uno de los dichos favoritos de Teresita era “Todo es gracia”, un dicho que aunque va directo al grano, es aun así sumamente difícil de asimilar. Pudiéramos preguntar: ¿Cómo puede *todo* ser gracia? Para asimilarlo internamente tenemos que ponderar otra parábola que Teresita comprendió hasta lo profundo: La parábola del grano de mostaza.

CAPITULO DOS

La Parábola del Grano de Mostaza

Decía pues, “¿A qué es semejante el reino de Dios? ¿A que lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza, que tomó un hombre y lo puso en su jardín, y creció hasta hacerse árbol, y las aves del cielo anidaron en sus ramas” (Lucas 13, 18-19)

La semilla de mostaza se siembra en un jardín. Proverbialmente la semilla de mostaza es la más pequeña de todas las semillas. Crece hasta convertirse en un arbusto. Aparentemente Jesús no explica esta parábola. El significado que estoy compartiendo no tiene que ser el de ustedes. En realidad ustedes pudieran preferir otro significado. Pero les pido que por lo menos consideren este, ya que Teresita lo ponderó mucho en su corazón.

Para entender esta parábola en el contexto de la época, debemos darnos cuenta que el Reino de Dios para la comunidad israelita de aquel período tenía connotaciones especiales. Una de estas era la esperanza de un triunfo vengativo sobre el imperio romano, que había oprimido la nación durante décadas. La gente vivía subyugada por los poderes extranjeros, que desdeñaban los valores de su religión y los mantenían en opresión. Ellos se preguntaban: “¿Cómo podemos ser el pueblo escogido según la Torá, especialmente amados por Dios y sin embargo seguir viviendo bajo estas circunstancias miserables? ¿Cómo podemos reconciliar nuestra fe en la soberanía y el poder de Dios y aceptar el hecho que no hace nada para cambiar la situación?”.

Esta es una de las grandes preguntas con las que se confronta la fe. ¿Cómo podemos experimentar tanta negatividad en nuestras vidas y sin embargo continuar creyendo que un Dios amoroso está a cargo de todo? ¿Por qué Dios no cambia las cosas? Seguimos golpeando la puerta del cielo con nuestras peticiones y tal parece que o hay nadie en la casa. Dios parece ignorarnos.

Job hizo preguntas similares, según la famosa historia del Antiguo Testamento, cuando tuvo sus propias dificultades personales con Dios. La parábola del grano de mostaza es la respuesta de Jesús a este problema. En la versión de la parábola de Lucas, el grano crece hasta hacerse un árbol. Quizás el razonamiento de Lucas era que el grano de mostaza, si iba a ser el símbolo del Reino de Dios, tenía que crecer hasta llegar a ser algo significativo. De hecho, las semillas de mostaza no crecen como árboles. No crecen para hacerse cedros del Líbano, que pudieran tener hasta trescientos pies de altura y albergar a muchos pájaros.

Para los que escuchaban la parábola de Jesús, una semilla de mostaza sólo podía crecer hasta el tamaño de un arbusto pequeño, no más de cuatro pies de altura y sólo unos pocos pájaros pueden anidar en sus ramas. Como símbolo, por lo tanto, el grano de mostaza es lo reverso de lo que los israelitas de esa época tenían en mente cuando ellos imaginaban el Reino de Dios. Ellos creían que, a través de Israel, Dios iba a establecer su soberanía y reinar sobre todas las naciones del mundo. Sin embargo, la parábola claramente señala que el Reino de Dios no tiene nada que ver con el triunfo vengativo sobre nuestros enemigos o con el éxito mundano. Lo que la parábola claramente implica es que, si crees que tu iglesia, tu nación, o tu grupo étnico va a ser liberado por Dios y que disfrutarás de un triunfo magnífico, o si esperas que el mundo se convierta a Jesucristo, estás equivocado. Esto no va a suceder. Lo que al Evangelio le interesa eres tú. No lo que puedas hacer, sino únicamente tú.

Santa Teresita escribe:

La santidad no consiste en esta o aquella práctica sino en la disposición del corazón, (notemos el cambio de lo externo a lo interno) que permanece siempre humilde y pequeño en los brazos de Dios, pero confiado hasta la audacia en la bondad del Padre.

Eso era lo que Santa Teresita quería decir cuando hablaba del camino de la infancia espiritual. Esto es lo que Jesús quiso decir cuando dijo: “Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos” (Mateo 18, 3. pensaba en una familia buena, donde los niños pueden confiar plenamente en sus padres.)

CAPITULO TRES

La Parábola de la Levadura

Hay otra parábola que va aún más lejos (La enseñanza de Jesús va creciendo en intensidad y profundidad a medida que va avanzando). Es la parábola de la levadura escondida en la masa. Esta parábola es exactamente igual en los Evangelios de Mateo y Lucas, y dice así:

El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo (Mateo. 13, 33).

En tiempos de Jesús, la levadura era un símbolo vivo de corrupción. La levadura se hacía dejando que un pedazo de pan se enmoheciera en un lugar húmedo y oscuro hasta que hediera. Entonces se colocaba el pan enmohecido en la masa hasta que la penetrara completamente. La yuxtaposición del pan fermentado era otra manera en que la sociedad religiosa de la época expresaba la importancia de separar lo sagrado de lo secular, el día festivo de la vida cotidiana.

La mujer de la parábola toma tres medidas de harina. Esta cantidad es suficiente para alimentar unas cincuenta personas, así que no estamos diciendo que la mujer está preparando una comida modesta. ¡Estamos hablando de suficiente comida como para alimentar un pequeño ejército! Las tres medidas de harina son las mismas medidas que se mencionan en el Génesis, cuando Sara preparó pan, a solicitud de Abraham, para los tres visitantes angelicales en la encina de Mambré. Con esto en la mente de los que escuchaban la parábola, el número les sugería que se estaba llevando a cabo una revelación especial de Dios.

Sin embargo, en la parábola, en lugar de ser una epifanía de santidad, la hornada de pan fermentado se vuelve una revelación de corrupción. Como resultado, los oyentes de la parábola se debieron haber quedado preguntándose: “¿Está este hombre diciendo que el bien es mal? ¿Cómo puede proponer que esa levadura, especialmente después de fermentar una buena cantidad de masa, es una revelación del Reino de Dios? Debería más bien decir lo contrario”. Si el pan fermentado, como hemos visto, era el símbolo popular de corrupción, los cincuenta panes debieron haber sugerido una corrupción a una escala monumental.

<<>>

La parábola claramente sugiere la pregunta: ¿cómo sabemos qué es el bien y qué es el mal? Tal pregunta presupone que tenemos un sistema de valores. Y es nuestro sistema de valores lo que Jesús está confrontando en esta parábola: puede que tengamos que dudar si de verdad es bueno lo que hasta ahora hemos creído que era bueno y si es malo lo que hemos creído que era malo. Como hemos visto, el Reino de Dios no está limitado a lugares sagrados. Dios se siente en libertad de venir a nosotros de la forma que sea. El Reino de Dios está presente en la vida diaria cuando ocurren eventos que nosotros consideramos desastres. Dios nunca está ausente. Es nuestro sistema de creencia lo que nos hace pensar que Dios no puede estar presente, cuando de acuerdo a nuestro juicio, las cosas van mal.

La parábola de la levadura sugiere que Dios está más presente que nunca cuando las cosas van mal. La levadura, símbolo de los que pensamos que es malo para nosotros, puede ser: deficiencias físicas, mentales o morales en nosotros o en aquellos que amamos. Jesús enseña que el Reino de Dios está presente ahí. Lo que nosotros tenemos que averiguar es de qué manera es que Él está presente.

Este es el reto de la vida diaria. Dios siempre está ahí, pero todo en nosotros puede que diga: “Dios no puede estar aquí”. O podemos preguntarnos, “¿Si Dios es totalmente misericordioso y todopoderoso, por qué permite que pasen las cosas? ¡Lo que simboliza la gran masa de pan con levadura, puede que lo sintamos como una gran corrupción masiva! Podemos preguntar, “¿Dónde está Jesús? ¿Dónde está Dios, que siempre me está diciendo cuánto me ama y me protege? ¡Dios!...¡Haz algo!”

Lo que Dios está buscando no es cambiar las situaciones que parecen horriblemente destructivas o corrompidas. Su esperanza es cambiarnos a **nosotros**. Muchas veces para cambiarnos se requieren desastres. Tenemos ideas preconcebidas que nunca han sido desafiadas, propósitos fijos que llevamos con nosotros desde la niñez o que hemos recogido por el camino. ¡La mayoría de estos valores, si no todos, no son los del Evangelio! Dios nos invita a cambiarlos. Y, si no podemos hacerlo nosotros mismos, Él nos provee las circunstancias que nos pueden parecer insuperables o sobrecogedoras.

Santa Teresita tuvo este tipo de problema, en primer lugar le dio una tuberculosis que fue empeorando a medida que su vida se fue desarrollando en el Convento Carmelita de Lisieux. Durante el último año de su vida virtualmente quedó postrada en cama. Ya no podía alabar a Dios en el oficio divino. No podía asistir a la misa diaria. Ni siquiera podía pensar en el cielo que antes había sido de tanto consuelo para ella. Sentía que el cielo se le había cerrado, como si hubiese una cortina de hierro frente a ella cada vez que trataba de pensar en el cielo. En otras palabras, su dolorosa enfermedad y su purificación espiritual estaban sucediendo simultáneamente.

¡Algunas veces tres o cuatro corrupciones están sucediendo al mismo tiempo! Se puede padecer de un mal físico, mental o moral y espiritual, todos a la vez. Cuando la gente padece estas cosas, necesita todo el apoyo que podamos darle porque realmente están sufriendo. Pero, deberíamos preguntarnos, ¿es sólo una descomposición física, mental, moral y espiritual que estamos sintiendo? ¿Es la experiencia de un sufrimiento intenso la única realidad?

La pasión, muerte y resurrección de Cristo se desarrolla en nosotros a través de los eventos de la vida diaria, esto es, a través de lo que sucede. Su resurrección está en el fondo de cualquier montón de corrupción y a su debido tiempo emergerá esa resurrección. La cruz y la resurrección son los dos lados de una misma realidad. Mientras nosotros algunas veces experimentamos una más que la otra, en el cristiano maduro se unifican. No importa cuál sea la que predomine, porque la otra siempre está presente.

Miremos la situación desde el punto de vista de Dios. Aquí está Dios, enviando a su único hijo, quien, como dijo San Pablo, “se hizo pecado por nosotros”. En otras palabras, Jesús tomó para sí todas las consecuencias de nuestra pecaminosidad en la cruz. Las mayores consecuencias son: la sensación de ausencia de Dios, la sensación de aislamiento de Dios, y a veces, hasta el sentimiento de rechazo de Dios.

Nos identificamos con Cristo, menos por nuestras virtudes que por nuestros pecados. Ha sido nuestra pecaminosidad y debilidad la que Cristo ha tomado sobre sí: todas las consecuencias del pecado

personal, simbolizadas por su descenso a los infiernos. La liturgia ortodoxa griega del sábado santo afirma que Cristo realmente descendió al lugar de los condenados.

¡El infierno es primordialmente un estado del alma, un estado caracterizado por un total aislamiento de Dios, tan total, que uno ni siquiera que sea cambiado! El infierno existe hasta en esta vida para las personas que padecen de un sufrimiento mental insostenible. Una persona que esté experimentando un aislamiento total de Dios no puede pensar en ninguna otra cosa. Está totalmente inmerso en su sentido de desolación, soledad y condenación. Hasta este grado es que precisamente Cristo se identificó con nosotros. Al identificarse con todas las consecuencias de nuestros pecados y tomar sobre sí el sufrimiento de toda la humanidad, Cristo descendió a ese estado de conciencia que corresponde al infierno, o más exactamente que *es* el infierno.

El participar en esa clase de ausencia o aislamiento de Dios es la forma más poderosa y madura de identificarse con Jesús a la que se puede llegar en la vida cristiana. Por eso es un error pensar que nuestra travesía espiritual es un ascenso a la gloria o algo así como una alfombra mágica que nos lleva a la felicidad. Es más bien la capacidad creciente para participar en la pasión, muerte, descenso a los infiernos y resurrección de Cristo. Esa es la participación máxima en el Misterio pascual de Cristo y por lo tanto la base para una participación mayor en su resurrección. Es también la mayor participación en la redención del mundo, que es el gran proyecto que Jesús inició y logró en su propia humanidad y que ahora nos invita a compartir. Teresita aceptó la invitación con todo su corazón, escribiendo hacia el final de su vida: “Sufrir a través del amor es la única cosa que me parece deseable en ese valle de lágrimas”.

<< >>

Algunas veces el diario vivir puede abracar no sólo las molestias y angustias de costumbre, sino también el desplome físico y mental. En el caso de Teresita, su padre sufrió una enfermedad mental después que ella entrara al convento. No es una sorpresa que él haya sufrido un colapso mental después de haber enviado cuatro hijas al convento, incluyendo su favorita. Celina, la hermana de Teresita, permaneció en el hogar cuidándolo y sólo a veces podría visitar el convento. Era una prueba terrible para Teresita porque ella estaba muy unida a él. En sus cartas a Celina ella le escribe que juntas están dando pasos gigantescos en el amor de Dios, aceptando la situación, viviéndola y alabando a Dios por la labor misteriosa que Él está haciendo.

Podemos tener la seguridad de que hasta la enfermedad mental es parte del plan de Dios. Dios puede estar utilizando esa enfermedad para la santificación de la persona, quizá aun mucho más de lo que percibimos. Algunas personas que sufren conflictos mentales pueden estar más cerca de Dios que otras, debido a la intensidad de la dolencia. Si alguna vez han conocido a alguien que haya sufrido una enfermedad mental grave o padecido de esquizofrenia, comprenden lo que estoy diciendo. Nos sentimos totalmente impotentes cuando nos enfrentamos a tragedias humanas intensas. Y sin embargo se nos pide que creamos que el Reino de Dios está ahí en el medio de ellas.

Dios está presente en las enfermedades físicas por igual. El Reino está especialmente activo cuando una persona está desvalida físicamente. También está muy activo, como sugiere Jesús, en las personas marginadas por una sociedad en particular. La identificación de Dios con los rechazados por la sociedad es ilustrada por las ocasiones en que Jesús se sentó a comer con los pecadores públicos. En la cultura de Palestina de esa época, el comer con alguien era lo mismo que identificarse con su forma de vida o su condición. Para espanto de sus discípulos e indudablemente de los fariseos, Jesús

comía con pecadores en público. En verdad, parecería por los Evangelios, que él comía con ellos con más frecuencia que con la gente “respetable”.

Aunque no aprobaba su conducta, Jesús se estaba identificando con las heridas emocionales que ellos estaban sufriendo como consecuencia de sus pecados o de las tendencias compulsivas en ellos. En esta parábola Jesús hace la pregunta: “¿Quiénes son ustedes para juzgar a los demás?” Con seguridad nosotros no somos jueces, porque, para estar calificado, un juez necesita tener todos los datos y ser nombrado por alguna autoridad. Nosotros no tenemos todos los datos y nadie nos ha nombrado para que juzguemos a nuestro prójimo.

Teresita trabajó intensamente en la práctica de las palabras de sabiduría de Jesús en el Sermón de la Montaña. Ella comenzó atendiendo a sus compañeras en pequeñas cosas porque veía a Dios en ellas. Teresita siempre estaba pensando en los demás y haciéndoles pequeños favores, pero en forma tal que no se sintieran molestos. Ella lo contaba así, “Sólo una cosa es necesaria, trabajar únicamente para Dios y no hacer nada por motivos propios o de las otras criaturas”.

Cuando era una novicia, ella asistía a una religiosa mayor que necesitaba ayuda para ir al coro desde la enfermería. La monja era una anciana muy gruñona y nada de lo que hacía Teresita parecía agradaarle. Le hablaba así “¡Atiende, no me dejes caer! Eres sólo una niña. ¡Ten cuidado!” no importaba lo que hiciera Teresita, nada podía satisfacer a la vieja Hermana. En su autobiografía, la ***Historia de un Alma***, Teresita lo describe así:

Oraba con ardor por esta Hermana que había causado tanta lucha interior... Trababa de hacer todo lo posible por ella, y cuando me sentía tentada a responderle bruscamente, me apresuraba a sonreírle y hablarle de otra cosa.

Teresita soportaba sus quejas día tras día. Después de un año de estar llevando a la monja mayor todos los días a las vísperas y de ser criticada a casi cada paso, Teresita escuchó estas palabras de la monja: “Siempre que nos vemos, te sonríes amablemente. ¿Qué es lo que encuentras tan atractivo en mí?” Teresita no anotó lo que le respondió, pero sí revela lo que sintió: “¿Qué fue lo que me atrajo? Era Jesús escondido en las profundidades de su alma, Jesús que hace atractivo hasta lo que es sumamente amargo”.

En otras ocasiones, lejos de ir a servir a las personas, Teresita se aislaba, porque, sabía que si se acercaba a las personas les podía dar un puñetazo en la nariz. ¡Cuándo estamos molestos con alguien y deseamos decirles alguna pesadez para ponerlos en su lugar, o compartir con ellos algún chismecito que les pueda doler, la manera de servir de verdad puede ser emprendiendo una retirada apresurada! Una vez, Teresita sintió que sus emociones se acumulaban y le pareció que podría decir algo que heriría a alguien y que si permanecía allí otro instante las palabras brotarían. Alegando que tenía algo muy importante que hacer en la sacristía, literalmente huyó y se sentó en las escaleras de la sacristía con su corazón latiendo locamente.

Simplemente ansiaba defenderme, pero felizmente tuve una idea brillante. Sabía con seguridad que perdería mi paz mental si trataba de justificarme. Sabía también que no era lo suficientemente virtuosa para permanecer en silencio frente a esta acusación. Solo existía una salida--tengo que escapar. ¡Tan pronto lo pensé lo hice! ¡Volé!... pero mi corazón latía tan violentamente que no pude ir muy lejos y me senté en la escalera para disfrutar calladamente los frutos de mi victoria.

En su autobiografía, Teresita añade que este triunfo modesto sobre sus impulsos emocionales era “¡Una clase de valentía extraña, pero era mejor que exponerme a una derrota segura!”.

Algunas veces nuestra mejor forma de manejar las emociones cuando se descontrolan es la de emprender una retirada rápida. Esto no quiere decir que se abandona la guerra. Es solamente un movimiento estratégico para reagrupar nuestras fuerzas y regresar a la labor de negarnos a nosotros mismos hasta que estemos en una disposición mejor. Observemos el cuidado y la determinación con que Teresita procedía contra todas las manifestaciones del falso yo dentro de ella, haciendo todo lo que podía para resistirlas.

Teresita le llamaba su Caminito al actuar en contra de su inclinación natural con el propósito de ayudar a la otra persona. Ella lo describía como “capturar a Jesús por medio de caricias”. De esta forma, progresó mucho desmantelando su falso yo, no experimentando grandes consolaciones espirituales, pero por medio de la práctica diaria dejar de lado sus inclinaciones egoístas, o más bien dándoles la bienvenida, porque le mostraban la profundidad de sus propias debilidades y flaquezas. Por esta razón es que ella podía decir: “aun tuviera yo en mi conciencia todo crimen concebible, no perdería nada de mi confianza”. ¿Por qué? Porque ella tenía una fe firme que Jesús es su pasión y muerte había tomado sobre sí toda consecuencia de pecado y después resucitó de entre los muertos, llevándose a todos los que aceptaron su invitación de seguirlo. Repito la convicción de Teresita:

Aun tuviera yo en mi conciencia todo pecado concebible, no perdería nada de mi confianza.
Mi corazón rebosante de amor, me lanzaría en los brazos del Padre y estoy segura que sería recibida con amor.

Esta es una de las percepciones más importantes de todos los tiempos sobre la naturaleza de Dios y de nuestra relación con Él.

<<>n

Como afirmaba Teresita, la verdad es que Dios es todopoderoso y todo misericordioso. Por lo tanto, “nunca podemos tener suficiente confianza en Él”. Por el contrario, nuestra audacia al confiar en Dios, en lugar de nuestras indecisiones motivadas por una falsa humildad, es el camino a la unión divina. Nuestros celos internos hacen difícil ese salto de confianza a menos que sigamos trabajando en el Caminito. Si lo hacemos, comenzamos a notar que nuestras actitudes hacia eventos y personas van cambiando. Ya no proyectamos nuestras expectativas humanas sobre Dios o abrigamos ideas preconcebidas sobre cómo Dios debe proceder.

Podemos estar seguros que lo que pensamos que es el camino hacia Dios, no lo es. Aun cuando creemos que estamos en el sendero correcto y podemos encontrar autores espirituales que apoyen nuestra posición, sólo por *pensar* que estamos en el camino correcto, Dios encontrará otra vía igualmente buena, para que no persistamos en la certeza que nos autosatisface y asegura que vamos bien. Nuestros prejuicios, oblicuidades y sistemas de valores falsos son impedimentos significativos. Desde el punto de vista de Teresita, la apertura a Dios que nos trae la vida diaria por intermedio de eventos y personas es una disposición sumamente importante que debemos cultivar.

CAPITULO CUATRO

La Parábola de la Higuera Estéril

Un hombre tenía plantada una higuera en su viña; y fue a buscar frutos en ella y no los encontró. Dijo entonces al viñador: “Ya hace tres años que vengo a buscar frutos a esta higuera y no los encuentro. Córdala; ¿para qué va a cansar la tierra?”. Pero él le respondió: Señor, déjela por este año todavía y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono, por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas” (Lucas 13, 6-19).

En esta parábola, el patrón le dice al viñador que corte el árbol de raíz y el viñador responde rogándole que le dé un año más de gracia. ¿Qué puede esto significar? A mi me parece que esta parábola ofrece una poderosa representación de cómo experimentamos la vida cotidiana cuando estamos comprometidos con la travesía espiritual, ya sea porque estamos tratando de revestirnos con la mente de Cristo para poner en efecto los valores del Evangelio, o para manifestar los frutos del Espíritu: la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la humildad, la bondad, la benevolencia, el control de sí mismo y la fidelidad.

Por supuesto, al hablar del abono se refiere al estiércol – un término bastante ordinario. El término “estiércol”, y particularmente el producto, produce cierto impacto. Sin embargo, a los árboles les viene bien el estiércol por los ricos nutrientes que contiene. El estiércol es el símbolo de nuestra experiencia de la vida diaria y de las faltas que constantemente repetimos. El estiércol representa nuestra experiencia en la oración diaria, en la que parece que no vamos a ninguna parte, o incluso en la incapacidad total de orar, así como en el interminable flujo de pensamientos indeseados. El estiércol también representa la experiencia psicológica de cuán desagradable puede ser la vida diaria, y que nada de lo que hacemos ayuda realmente a mejorar la situación. El encender la televisión o el hacer una llamada telefónica puede darnos un breve respiro, pero entonces regresamos al mismo hoyo emocional en que estábamos antes. Por cierto, pudiéramos encontrarnos aun más hundidos en el hoyo en que estábamos anteriormente. Los medios que usualmente aplicamos para mitigar el dolor de la vida cotidiana no es la mejor manera de proceder.

La forma correcta es apalear el estiércol alrededor del árbol, esto es, seguir tolerando nuestras faltas y a pesar de ellas, continuar confiando en Dios. Por supuesto, todo el abono del mundo no va a lograr cambiar ese árbol. Pero si se sigue apaleando, en algún momento Dios le va a dar vida a ese árbol, no por el estiércol, sino porque se siguió el intento y Dios se conmovió tanto que le dio vida al árbol de toda forma. Teresita comenta sobre este asunto, “Experimento un vivo gozo, no solo al ser juzgada imperfecta pero, sobre todo, cuando *siento* que lo soy. Ese gozo es más dulce que todos los cumplidos, que realmente sólo me habían”.

<<>>

Teresita expresó su visión intuitiva de cómo percibía esta parábola con su ejemplo de un elevador.

Ahora vivimos en una época de inventos, y los ricos ya no tienen que esforzarse en subir las escaleras. Toman el elevador. Eso es lo que tengo que encontrar, *un elevador* que me suba directo a Jesús, porque soy muy pequeña para subir por la escalera empinada de la perfección. Así que escudriñé las Escrituras buscando algún indicio de mi elevador deseado, hasta que llegué a las palabras que

salen de los labios de la Sabiduría Eterna: ***“Dejad que todos los que sean pequeños vengan a Mí”*** (Prov; 9, 4). Me acerqué más a Dios, sintiéndome segura de que estaba en el sendero correcto, pero como quería saber lo que Él le haría a un “pequeñuelo”, continué mi búsqueda. Esto es lo que encontré: ***“Sus niños de pecho serán llevados en brazos y acariciados sobre las rodillas. Como un hijo a quien consuela su madre, así yo los consolaré a ustedes”***. (Isaías 66: 12-13). ¡Nunca antes, mi corazón se había sentido conmovido por palabras tan tiernas y consoladoras!

Una vez alguien le preguntó a Teresita cómo se llega a la santidad, y su respuesta fue así. Piensa en una niña pequeñita situada al pie de una larga escalera cuyo padre amado está en la parte alta. Esta niña sólo tiene dieciocho meses y los escalones son empinados y largos. La niña está extendiendo sus manitas a su padre para que baje y la cargue. El padre está en el tope de la escalera diciéndole: “¡Ven, sube! ¡Ven!”. Por todo el Evangelio nos llega la misma invitación: “Ven y sé transformado. Olvida tus faltas. Olvida tus pecados. Sólo quédate conmigo en el momento presente y te cuidaré”. Pero debido a que no somos como los niños pequeños, no escuchamos lo que nos reconforta.

La niña sigue levantando su piecito, pero aun haciendo el mayor esfuerzo no va a poder alcanzar el primer peldaño ya que sus piernitas son demasiado cortas. La niña continúa levantando un piecito y luego el otro, pero sin resultado. No hay ninguna esperanza de que ella vaya a poder negociar siquiera el primer peldaño. Su padre la sigue llamando con una ternura inmensa: “¡Ven! ¡Ven, te estoy esperando!” Ella sigue tratando y tratando. En otras palabras, la niña sigue apaleando el estiércol---aceptando su debilidad como también su incapacidad de lograr algún progreso. La tarea parece imposible pero ella no se da por vencida.

Teresita dice que si la niña continúa con sus esfuerzos inútiles, el Padre mismo, por su gran amor, no podrá resistir la situación más tiempo y se abalanzará escalera abajo, la recogerá en sus brazos, y la cargará hasta la parte alta de la escalera. Teresita dice que así fue como ella llegó a donde estaba en su vida espiritual: no por ningún esfuerzo propio, sino por la misericordia y la ternura infinita de Dios.

Es por este motivo que la percepción que Teresita tuvo del Evangelio, ha sido una contribución tan grande a la renovación espiritual de nuestros días, especialmente a la renovación de la vida contemplativa, que es el camino de la infancia espiritual---esto es, el de escuchar a Dios, esperando, intentando, confiando, y volcándonos hacia Dios. Este camino significa negarnos a escuchar nuestros comentarios que nos dicen que no estamos llegando a ninguna parte o que nunca lo lograremos. O, para ser más específico, significa el no quejarse de que no podemos negociar la vida espiritual porque estamos teniendo problemas en nuestro matrimonio, los negocios, la vida profesional, o con nuestros hijos, con la economía, o con alguna adicción.

Las dificultades que acabamos de listar pueden ser muy reales, y no deseo minimizarlas. Pero Dios está utilizando estas dificultades para darnos el Reino y la única condición para la venida del reino es nuestro consentimiento y aceptación de la situación en que nos encontramos. Se puede tratar de cambiar la situación, pero siempre con desprendimiento de los resultados.

El Reino es poderosísimo donde menos pensamos encontrarlo. Dios no nos quita nuestros problemas y pruebas sino más bien se une a nosotros en ellos. Este es el significado profundo de la Encarnación: Dios haciéndose un ser humano. El Reino se manifestará, no debido a nuestros esfuerzos continuos, *aun cuando todos los esfuerzos parezcan irremediables*, sino porque Dios nos ama tanto que no podrá resistir vernos luchar y siempre fracasar. Dios hará lo imposible. Nos dará una nueva

actitud hacia el sufrimiento. Así es el corazón de las *ascesis* cristiana, o de la autodisciplina, y del misterio de la transformación. Ese es el significado del Evangelio como lo percibía Teresita.

¿Es demasiado difícil este programa? Todos podemos amar y todos podemos sufrir: eso es todo lo que necesitamos. Se hace un poco incómodo de vez en cuando, pero también de vez en cuando se aviva. ¡Y no importa si lo que se siente es molestia o placer, porque Dios está totalmente presente todo el tiempo! No importa el trauma psicológico o la dificultad que experimentemos---aun cuando seamos la causa de nuestro propio sufrimiento---ese trauma o suceso es la forma en que Dios nos avisa que necesitamos desprendernos de algo a lo que estamos sumamente apegados. Alguna idea preconcebida o prejuicio nos está metiendo en una camisa de fuerza. El Caminito es el sendero de la liberación de nuestro falso yo con su identificación exagerada con nuestros programas emocionales de felicidad y nuestro condicionamiento cultural.

<<>>

Aquí tenemos que hacer una importante distinción. Tenemos sentimientos, pero no somos nuestros sentimientos. Realmente no debemos decir, “estoy enojado” o “estoy desesperado”. Es preferible que digamos, “tengo sentimientos de enojo” o “tengo sentimientos de desesperación”. Podemos hacer algo con estos sentimientos cuando ya no nos identificamos con ellos. Podemos escoger lo que hacemos con ellos. El recordar la diferencia que hay entre “tener sentimientos” y “ser” nuestros sentimientos, nos permite cambiar nuestra actitud y mirar más bondadosamente nuestros fallos y debilidades. Teresita escribe, “Lo acepto todo por el amor de Dios, hasta los pensamientos más extravagantes que me pasan por la mente y se introducen a la fuerza dentro de mí”.

Aunque bien es importante el que trabajemos en nuestras adicciones, si no por nosotros, por lo menos por los demás, es vital reconocer que sólo Dios puede librarnos de ellas. La libertad usualmente llega después de una gran espera—no porque Dios desea mantenernos esperando, sino porque no estamos listos para ser sanados. Tenemos primero que tocar fondo y saber por experiencia propia que no podemos hacerlo nosotros mismos. Es entonces cuando la gracia de Dios puede sanarnos. Las disciplinas externas pueden ser dañinas si confiamos demasiado en ellas. Podemos pensar que si hacemos ciertas cosas vamos a forzar a Dios a ayudarnos. Pero Dios responde solamente al amor. Es una relación. Teresita murió en la plenitud de esa relación. Sus últimas palabras fueron lo que su vida había llegado a ser: un acto de amor, “¡Oh Dios mío, te amo!”.

CAPITULO CINCO

La Parábola del Buen Samaritano

“Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó. Tropezó con unos bandoleros que lo desnudaron, lo cubrieron de golpes y se fueron dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba por aquel camino un sacerdote y al verlo, pasó de largo. Lo mismo un levita, llegó al lugar vio y pasó de largo. Un Samaritano que iba de camino llegó a donde estaba, lo vio y se compa-

deció. Le echó aceite y vino en las heridas y se las vendó. Después, montándolo en su cabalgadura, lo condujo a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios, se los dio al posadero y le encargó: cuida de él, y lo que gastes te lo pagaré a la vuelta. ¿Quién de los tres te parece que se portó como prójimo del que tropezó con los bandoleros? Contestó: --El que lo trató con misericordia. Y Jesús le dijo: Ve y haz tú lo mismo. (Lucas 10:30-37)

Así como en las otras parábolas sobre las que he comentado en este libro, esta parábola también describe el mapa social de Israel. Encontramos varias personas yendo a Jericó, uno de los cuáles es vapuleado. Un sacerdote y un levita que van por el mismo camino siguen de largo al pasar frente al hombre herido. En la estructura social israelita la tercera persona sería normalmente un laico. La historia está hábilmente articulada. Se fundamenta en la terna que le era tan familiar al pueblo dentro de la estructura social de esa época: esto es, un sacerdote, un levita y un laico. Debemos de recordar también que los samaritanos eran vistos como enemigos mortales de la nación judía, así como también apóstatas de la religión judía. Para los oyentes, difícilmente podía haber una imagen más precisa de la corrupción moral que un samaritano caminando por la carretera.

Y con toda seguridad, en la parábola de Jesús, por el camino, viene un samaritano. Los que están escuchando probablemente piensen que el samaritano va a acabar con el pobre hombre tirado al borde del camino. En su lugar el Samaritano empieza a demostrar toda clase de misericordia. Es obvio que la historia destruye las presuposiciones sociales de ese tiempo en la sociedad de Palestina. El mensaje es claro: aquel que piensas que es tu enemigo pudiera ser tu mayor amigo. Más significativamente aún, la parábola socava la fácil presuposición que todos tenemos sobre lo que es bueno y lo que es malo. El individuo bueno se convierte en el sujeto malo, y el individuo malo se convierte en el bueno, dejando que algunos de los que escuchan concluyan que el cuento es simplemente increíble y lo descarten con interés. La parábola enfatiza que no hay barreras en el Reino de los Cielos. Los obstáculos son cosas que colocan los seres humanos, no Dios, y si no derrumbamos estas barreras, podríamos seguir teniéndolas en la vida futura.

La parábola enfatiza que Dios es el Padre de todos. No hay elite, no hay elegidos, porque en el plan de Dios todos somos escogidos. Dios desea que todas las personas se salven. Esta idea de Dios era revolucionaria para la gente de esa época. Como hemos visto, el concepto popular imaginaba a Dios como el defensor de Israel, como el Dios de los ejércitos, como el Dios del Monte Sinaí, de lo sagrado y de lo trascendente. Jesús socava completamente esta idea de Dios.

La idea que Teresita tenía de Dios era la de Dios extendiendo su amor a todo el mundo. En los últimos meses de su vida escribió: “El amor llena a plenitud toda vocación”. No tenemos que ir a las misiones. No tenemos que enseñar el catecismo. No tenemos que hacer esta o aquella obra buena. Hay algo que tenemos que hacer y esto es lo que está a mano y lo que podemos hacer con facilidad—atender las necesidades emocionales, físicas y espirituales de nuestro prójimo. Estas obras de misericordia, ser bondadoso, atender a los que tienen problemas y sujetar la mano de los que sufren, son las que manifiestan el Reino de Dios. Teresita buscaba hacerlo todo por amor. A su juicio, “recoger un alfiler por amor puede convertir un alma”.

Pensemos entonces en las enormes posibilidades de este amor humilde, oculto, pero perseverante que consiste, no en un sentimiento, sino en demostrar amor a aquellos que lo necesitan. En las circunstancias de la vida diaria, en la familia, en el trabajo, o en cualquier lugar, simplemente sigamos demostrando amor. Caminamos por la calle, hablamos con la gente, trabajamos, jugamos. ¿Por qué no hacerlo todo como una forma de manifestar a Dios y permitir que Dios en nosotros revele su

amor a todos? Cuando vamos al cine o a la iglesia, o estamos en una muchedumbre, ¿por qué no abrirle nuestros corazones a todo el mundo y envolvernos con el amor de Dios? O también preguntarnos, ¿cómo podemos reconciliarnos con los miembros de nuestra familia, perdonar a nuestros enemigos, practicar las diversas obras de misericordia, soportar las enfermedades y la muerte por amor de Dios? Desde el punto de vista de Teresita, el amor es lo único que cuenta.

CAPITULO SEIS

El Hijo Pródigo

Un hombre tenía dos hijos. El menor dijo a su padre: “Padre, dame la parte de la fortuna que me corresponde”. El les repartió los bienes. A los pocos días el hijo menor reunió todo y emigró a un país lejano, donde derrochó su fortuna viviendo como un libertino. Cuando gastó todo, sobrevino una carestía grave en aquel país y empezó a pasar necesidad. Fue y se puso al servicio de un hacendado del país, el cual lo envió a sus campos a cuidar cerdos. Deseaba llenarse el estómago con las bellotas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitando pensó: “A cuantos jornaleros de mi padre les sobra el pan mientras yo me muero de hambre. Me pondré en camino a casa de mi padre y le diré: He pecado contra Dios y te he ofendido; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros. Y se puso en camino a casa de su padre. Estaba aún distante cuando su padre lo divisó, y se enterneció. Corriendo, se le echó al cuello y le besó. El hijo le dijo: “Padre, he pecado contra Dios y te he ofendido, ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a los criados: “Enseguida, traed el mejor vestido y ponédselo; ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado y matadlo. Celebremos un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado”. Y empezaron la fiesta.

El hijo mayor estaba en el campo. Cuando se acercaba a casa, oyó música y danzas, y llamó a uno de los mozos para informarse de los que pasaba. Le contestó: “Es que ha venido tu hermano y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado sano y salvo”. Irritado, se negaba a entrar. Salió su padre a exhortarlo. Pero él respondió a su padre: “Mira, tantos años llevo sirviéndote, sin desobedecer una orden tuya y nunca me has dado un cabrito para comérmelo con mis amigos. Pero, cuando ha llegado ese hijo tuyo, que se ha comido tu fortuna con prostitutas, ¡has matado para él el ternero cebado!”. Le contestó: “Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Había que hacer fiesta porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado”. (Lucas 15: 11-32)

Esta es la historia de dos jóvenes. Uno es el hijo que escoge irse a vivir una vida alegre, se arruina, regresa a su hogar, y es recibido sin que se le pida arrepentimiento o que reponga el dinero que había malgastado, del cual una parte estaba destinada para el cuidado de su padre cuando envejeciera.

El otro hijo es uno de esos individuos apegados a su propia rectitud que hacen todo correctamente pero por razones equivocadas. Él también estaba buscando la herencia y sintió que tenía derecho a enfadarse con su hermano quien había derrochado su parte. Esto significaba que el hijo mayor tendría que pagar solo la manutención de su anciano padre.

El hijo mayor reprendió a su padre por su bondad, pecando así contra el cuarto mandamiento, que es honrar padre y madre. Por lo tanto, ambos hijos fracasan. El padre abraza y perdona a su hijo desca- rriado sin una palabra de reproche y con mucho amor reprende al que se ha portado bien pero está amargado debido a su orgullo y a su rigurosidad. Podemos sospechar que el mayor buscaba su propio provecho portándose debidamente con el fin de garantizar para sí toda la herencia. El amonestar a individuos rigurosos es tremendo trabajo. El padre trata de explicarle: “Mi hijo estaba perdido y lo he encontrado. Tenemos que regocijarnos”.

Lo que hay que enfatizar aquí es que este padre, en lugar de preocuparse por su honor, algo que era muy importante en esa cultura, deja eso a un lado y no actúa como el padre típico patriarcal. En su lugar, actúa más bien como una madre y perdona a ambos hijos. Su mayor preocupación es que vi- van juntos en paz y en armonía.

<< >>

El programa que Teresita intentó llevar a cabo diariamente, es el precepto del Evangelio, “¡Ámense los unos a los otros como yo lo he amado!”. Uno se pregunta si éste no sería el mayor programa pa- ra proponerle a la gente, ya que cualquiera puede hacerlo, porque todo el mundo tiene una vida dia- ria. El Reino de Dios está en la vida cotidiana y en lo que hacemos en ella. Tenemos que continuar confiando en Dios cuando surgen dificultades físicas, mentales y emocionales en nuestra vida y en la vida de los que amamos. Estas son ocasiones para abrirnos a un mayor conocimiento propio y a un abandono en Dios más profundo. Puede ser que tengamos que luchar con lo que es más difícil para aquellos que realmente buscan a Dios, la incapacidad de superar nuestras faltas o pecados.

Como vimos en la parábola de la levadura, el Reino de Dios está presente en medio de una enorme descomposición. A lo mejor lo que tenemos que hacer es aceptar la humillación de no ser tan buenos como nos gustaría y hacer lo mejor que podamos, confiando audazmente en la bondad del Padre y en el poder del amor divino para sanar las heridas de toda una vida. Como sabía Teresita, la expe- riencia del amor divino, es la cura final. No importa cuáles sean nuestras dificultades, Teresita nos anima a continuar demostrando amor, a construir en lugar de destruir, a confiar en Dios con una confianza ilimitada. Ella escribe así:

Lo que agrada a Dios es verme amar mi pobreza y la esperanza ciega que tengo en su mise- ricordia.... Por favor, comprende que para amar a Dios, mientras más débil se es, sin deseos ni virtudes, más apto se está para la acción de ese amor que nos consume y nos transforma.